

escala, derivada de ellas. Existe, diremos, una multiplicidad de magnitudes, a la cual corresponde una multiplicidad de escalas (de las que sólo hemos tratado aquí dos, la espacial y la temporal). Es cosa ya "bien sabida" que la magnitud es una característica fundamental de los objetos y fenómenos que componen el mundo físico, conforme a la concepción de éste que ha ido elaborando con su esfuerzo el pensamiento científico y como resultado del mismo. Lo que no es aún "cosa bien sabida" —pues es una idea que sólo recientemente ha apuntado en el horizonte de las teorías científicas de avanzada— es que la escala de observación (o de consideración) de un objeto o fenómeno también es una característica constitutiva del mismo (principio de Guye).

Así, pues, el llamado "principio de Protágoras" (dentro de la estrecha interpretación que de él hacemos aquí) deberá juzgarse como un *hábito* práctico pero de una utilidad sólo inmediata, hábito de categoría meramente zoológica, del cual es necesario deshacerse para que se produzca un ensanchamiento del horizonte de nuestra concepción del mundo físico y, por consiguiente, aumente nuestra capacidad de adaptación y dominio respecto del mismo. O, dicho de otro modo, se impone la sustitución, en todas las actividades humanas que no se hallen ancladas a lo corporal, del principio de Protágoras por el de Guye.

L A R I S A, EL LLANTO Y LA FILOSOFIA

Por ALFRED STERN

EL título de esta conferencia puede parecer raro a algunos de mis oyentes que quizá, se preguntarán: ¿Qué tienen la risa y el llanto que ver con la filosofía? Mi contestación es que *cualquier* fenómeno puede convertirse en un objeto de investigación filosófica si se le enfoca filosóficamente. ¿Pero cuál es el enfoque filosófico? ¿Y cómo se distingue del enfoque científico? En uno de mis libros contesté a estas preguntas de la manera siguiente: Las ciencias examinan las relaciones mutuas entre los objetos determinados que constituyen el mundo. Estas relaciones son las leyes naturales. La filosofía, por el contrario, estudia las relaciones entre el pensamiento determinante y los objetos determinados, es decir entre el hombre como sujeto y el mundo. Mientras las ciencias consideran el mundo metodológicamente como si fuera compuesto de cosas en sí, sin relaciones con el sujeto, la filosofía refiere todos los objetos al sujeto que los percibe, piensa y evalúa. En la filosofía el hombre como sujeto es el punto de partida y el punto de referencia de todo.

Mientras las ciencias son consideraciones partitivas, fragmentarias de la realidad, la filosofía trata de unificar los diversos fragmentos de las ciencias especiales en una idea total, tratando de determinar el significado y el valor cognoscitivo de todas las verdades parciales de las ciencias para la *totalidad* del saber, de la realidad y de la existencia humana. La filosofía es una tentativa razonada para deducir el carácter del universo en su *totalidad*, incluyendo la naturaleza y al hombre, con todas sus manifestaciones existenciales —naturales y culturales. No hay ciencia que se ocupe de la totalidad del saber, de la realidad total o de la existencia humana como tal. La *totalidad* es el campo específico de la filosofía. Mientras la ciencia es fragmentaria, podemos decir que la filosofía es holística

—de la palabra griega ὅλος, que quiere decir *total, entero, completo*. Cada pregunta que considera cualquier fenómeno —científico, artístico, social y hasta personal— en sus relaciones con las ideas de la totalidad de la realidad, del saber o de la existencia humana, es un problema filosófico.

Si preguntamos cuál es el significado de la risa y del llanto para o dentro de la totalidad de la existencia humana, planteamos el problema filosófico de la risa y del llanto. Este problema ha sido planteado muchas veces desde los días de los pensadores griegos hasta nuestra época. Pero resulta curioso que, desde hace milenios, esta gente proverbialmente seria que son los filósofos se hayan sentido más atraídos por el fenómeno de la risa que por el del llanto. Entre los pensadores que buscaron explicar lo cómico y la risa se encuentran los nombres más brillantes: Platón, Aristóteles, Descartes, Hobbes, Kant, Schopenhauer, Spencer, Emerson, Darwin, Bergson, Freud, etc. Para estos pensadores célebres, la risa no fue cosa para reír, sino un problema de seria investigación. Si la mayoría de ellos no han investigado el problema de la risa en íntima relación con el llanto, ello se debe a que no han descubierto su raíz común, que —según pienso—, es la de los valores.

Mi teoría, que desarrollé en mi libro *Filosofía de la risa y del llanto*, publicado en francés y en español, considera la risa como un juicio de valor, una estimativa negativa concerniente a una degradación de valores. Sin embargo, es éste un juicio instintivo, que no se expresa con palabras sino con estos sonidos inarticulados bien conocidos. Generalmente, la risa es nuestra reacción frente a una degradación de valores. Con todo, no siempre es una reacción pasiva, provocada por una degradación de valores; a veces es también una acción provocadora de una degradación de valores (o que, al menos, busca provocarla). Cuando reímos de una cosa que no es risible, buscamos degradar su valor. Y a veces lo conseguimos.

“*Le ridicule tue*” —el ridículo mata— dicen los franceses. Es evidente que no mata físicamente, pero puede matar moralmente, socialmente: puede matar valores. Entonces la risa se vuelve trágica. Si nos reímos de una persona seria, o de su obra que nada tiene de risible, esa persona se enoja. No sabe por qué, pero tiene razón. Siente instintivamente que esta risa busca provocar a ojos de otros una degradación del valor intelectual o moral o estético de su persona o de su obra.

Pasemos al llanto. Su papel preponderante en nuestro mundo

doloroso nos invita a hacerlo. La diferencia básica entre la risa y el llanto se me reveló tratando de interpretar dos recuerdos de mi niñez:

Me acuerdo —tenía entonces siete años— de un paseo que hice con mi padre en un lugar de veraneo de los Alpes austriacos con un colega suyo. Una lluvia torrencial había inundado calzadas y senderos. A cada momento había que saltar un charco. Repentinamente el colega de mi padre, el señor Fischl, que quiere decir pescadito, resbaló y cayó en uno de los charcos. Se levantó de inmediato, cubierto de barro, mientras que mi padre se reía hasta saltarse las lágrimas.

No comprendí esa risa, ni el hecho de que el señor Fischl se enojara. Sólo años más tarde supe que mi padre no quería al señor Fischl y que éste, por otra parte, no era digno de afecto. Ahora me parece que la risa de mi padre puede comprenderse, si se le interpreta de una manera axiológica. La palabra axiología proveniente del griego ἀξίος, precioso, digno, es el término técnico para designar la teoría de los valores. Al caer en el charco y levantarse cubierto de barro, la personalidad humana a quien se considera como centro de emanación de todos los valores espirituales, se transformase por un momento, en una simple cosa, un objeto físico, sometido a la ley de gravedad y a todas las fuerzas mecánicas, como cualquier objeto pasivo y sin inteligencia de una naturaleza exenta de valores. La personalidad humana sufre así una degradación de valores, y la risa provocada por una desdicha de este género no es más que el instintivo juicio de valor que critica esta degradación.

Tal vez mi padre no se habría reído con tantas ganas si hubiera sentido más simpatía por el señor Fischl, pues como justamente observa Emerson, la simpatía puede impedirnos percibir lo ridículo. Bergson expresa una idea semejante a la del escritor americano, cuando dice que una cierta insensibilidad es condición de la risa.

Axiológicamente hablando, esto significaría que una mayor simpatía o afecto hacia Fischl hubiera impedido a mi padre ver en su colega caído en el charco un simple objeto físico, una cosa sometida a las fuerzas mecánicas, degradando el valor de que el hombre debería ser conforme a su idea: el sostén y el centro de emanación de todos los valores espirituales; porque el mundo mecánico de la naturaleza es un mundo sin valores. Si el señor Fischl se enojó por la risa de mi padre, es que instintivamente reconoció en ella un juicio de valor negativo, que lesionaba su dignidad humana, su valor de hombre.

La significación filosófica del llanto me fue igualmente revelado por un recuerdo de mi infancia. Hélo aquí: Un día, teniendo yo ocho o nueve años, mi madre me llevaba a la escuela. Mientras andábamos advertimos a un hombre que tropezó y se cayó. Algunos transeúntes se rieron, pero pronto dejaron de hacerlo, pues el hombre no se levantaba. Mi madre me mandó que le esperara un momento bajo una puerta cochera, deseando evitarme impresiones penosas y en compañía de otras personas corrió a socorrer al desconocido. Minutos más tarde volvió llorando. El hombre se había roto el cráneo y estaba muerto.

Sólo ahora comprendo filosóficamente esta diferencia de comportamiento con relación a dos sucesos de cierta similitud exterior. Lo que había provocado la *risa* de mi padre era una *degradación* de valores. Lo que había causado las *lágrimas* de mi madre era una *pérdida de valores*. Pues aunque no conociera a aquel hombre, su muerte, a la que había asistido, fue probablemente interpretada de manera instintiva por mi madre como una pérdida de valores, ya que toda vida humana normal representa un conjunto de valores positivos, valores morales, intelectuales, estéticos, religiosos, sociales, en suma: espirituales. Y la muerte significa una pérdida de estos valores específicos, cuya reunión constituye una persona humana.

Es probable que mi madre hubiese llorado igualmente si el desdichado no hubiera sucumbido a la caída, hiriéndose en cambio gravemente. Sin embargo, en este caso hubiera sido necesario que se tratara de una persona bien conocida por mi madre, un pariente cercano o un amigo. En tales condiciones, el llanto no habría sido provocado por una pérdida de valores, sino por la *amenaza* pesante sobre los valores encarnados en la vida de la persona caída.

De manera general creo posible afirmar: *Reímos de los valores degradados o para degradar valores, pero lloramos los valores amenazados, perdidos o, también, los valores irrealizados o irrealizables*. Si toda *risa* ante lo cómico es la expresión instintiva de un juicio de valor *negativo* concerniente a una *degradación* de valores, todo *llanto* es la expresión instintiva de un juicio de valor *positivo* sobre valores *amenazados, perdidos, irrealizados o irrealizables*. Todo llanto se refiere a valores positivamente apreciados. He aquí algunas tesis fundamentales de mi teoría axiológica de la risa y del llanto.

Las lágrimas de angustia, de miedo, de inquietud, expresan juicios de valor positivo sobre valores que se consideran *amenaza-*

dos. Las lágrimas de luto, de tristeza, de aflicción, de nostalgia, expresan juicios de valor positivo sobre valores *perdidos*. Las lágrimas de deseo insatisfecho, de la frustración, del coraje, de la rabia, expresan juicios de valor positivo sobre valores irrealizados, o considerados como irrealizables.

Todo esto parece paradójico, pues nos gusta reír y no nos gusta llorar. Vale decir que apreciamos la risa de manera positiva, aunque exprese un juicio de valor negativo y apreciamos el llanto de manera negativa, aunque exprese un juicio de valor positivo. Esta paradoja se resuelve empero, sin demasiadas dificultades.

Por lo que concierne al llanto, la situación es bien clara; pues al expresar con nuestras lágrimas que apreciamos de manera positiva ciertos valores, es evidente que lo que lloramos es la amenaza, el carácter irrealizable o la pérdida de esos valores positivos. Y la amenaza, el carácter irrealizable y la pérdida de valores positivos son, con toda evidencia, valores negativos. Por eso el llanto constituye un valor negativo y no nos gusta llorar.

Hemos dicho que la paradoja de la risa consiste en que, siendo la instintiva expresión de un juicio de valor negativo con relación a una degradación de valores, la apreciamos de manera positiva. Este carácter paradójico de la risa no asombrará a quien ha escrutado sus orígenes. Hesíodo parece haberlo advertido, puesto que afirma que Momo, el dios de la burla, es hijo del Sol y de la Noche.

Es ciertamente curioso que, en la risa, apreciemos de manera positiva una actitud que expresa una apreciación negativa. Es preciso no obstante comprobar, de modo general, que de cuando en cuando no nos desagrade emitir apreciaciones negativas. Quienquiera que emite un juicio de valor negativo —sea de manera racional o de manera instintiva—, ejerce una crítica. Ahora bien, el término “criticar” proviene del griego κριτής, que significa “el juez”. Así, aquél que critica emitiendo un juicio de valor negativo, se constituye juez de otro. Y el juez es superior al juzgado, de modo que aquel que critica puede sentirse superior al criticado. Se siente crecido en su propio valor y ese sentimiento le causa placer. Esa es una de las razones por las cuales el hombre ama reír, dado que la risa, conforme a nuestra definición, es la manera instintiva de emitir un juicio de valor negativo concerniente a una degradación de valores —real o pretendida—, actitud que implica una crítica y que da al crítico un sentimiento de superioridad que aprecia como un valor positivo.

Pero esto es solamente *una* de las razones porque queremos

reír y, por cierto, no la más alabadora para el hombre. Hay otras razones más importantes. Al analizar el aspecto social de la risa, trataremos poner de relieve una doble característica que creemos haber descubierto en ella: por una parte, la risa como crítica de la sociedad con respecto al individuo y por otra como crítica del individuo con respecto a la sociedad. Desde este último ángulo la risa aparecerá como una especie de liberación espiritual del individuo frente a la influencia coercitiva que sobre él ejerce el grupo social en virtud de su imperioso sistema de valores. El valor positivo del instintivo juicio de valor negativo que expresa la risa, se deducirá así de la libertad de apreciación reconquistada por el individuo con relación a la autoridad de la sociedad, que busca imponerle su sistema de valores.

La sociedad se ríe de las debilidades humanas, manifiestas en ciertos individuos, porque *debilidades* humanas son degradaciones de *fuerzas* humanas, que constituyen valores positivos. La sociedad trata de preservar estos valores positivos; por esta razón castiga con su risa las debilidades humanas que el individuo podría evitar.

La estupidez es una debilidad humana. Constituye una degradación de los valores intelectuales de la Humanidad, degradación ligera sin embargo, que, en general, no amenaza con determinar una pérdida de valores. Por esto la estupidez de los hombres es fuente inagotable de risas. Si, con todo, la estupidez se presenta como amenaza de una pérdida de valores, entonces no nos hace reír. Un maestro, al comprobar que tiene ante sí una clase de tontos, no se reirá ya de las manifestaciones de esa tontería. Estará preocupado por la amenaza de una pérdida de valores sociales, allí donde un contemplador desinteresado se reiría de las ligeras degradaciones de valores intelectuales.

Cuanto más grande es la tontería cometida por un individuo, más profunda será la impresión cómica y más vasta la nada axiológica creada por la degradación de los valores intelectuales. En esta nada axiológica irrumpirá la risa, como si fuera atraída por un *horror del vacío*.

Si las degradaciones de los valores intelectuales, morales y estéticos son todas ellas cómicas y provocan por tanto la risa, no lo son sin embargo en el mismo grado. Y con justa razón. Si nos reímos de toda estupidez, de toda incapacidad de comprensión, de toda acción insensata, es que en parte se trata aquí de comportamientos susceptibles de aprovecharse de la crítica expresada en nuestras risas. Es cierto que el efecto cómico producido por una estupidez es, en

general, involuntario. Pero, en muchos casos de desfallecimientos intelectuales, la voluntad del individuo puede intervenir posteriormente para corregir los errores y remediar el mal que los ha causado. Muchas veces, en verdad, los medios intelectuales de un individuo que comete estupideces están limitados por la naturaleza, pero también muchas veces sus desfallecimientos intelectuales no son sino consecuencia de falta de concentración, de atención, de asiduidad, de interés. Aquí, la crítica expresada por nuestra risa puede ejercer una función correctiva muy saludable. Con nuestras risas decimos al individuo que ha cometido una tontería:

“¡Ten cuidado! Acabas de degradar valores intelectuales que son el privilegio del hombre. ¡Vigílate más, sé más atento, más aplicado, más trabajador y evitarás tales incidentes penosos para ti mismo!”

Vemos, pues, dibujarse aquí uno de los aspectos pedagógicos de la risa, de su función crítica y correctiva, que pone de relieve su utilidad social.

Lo mismo cabe decir —pero en grado menor— de las flaquezas morales de nuestros conciudadanos. Castigamos con nuestras risas la truhanería, la trampa, la fanfarronería y toda otra degradación de valores morales del mismo género. Pero no nos reímos de esas degradaciones de valores morales con tanta frecuencia ni con tantas ganas como lo hacemos de la degradación de valores intelectuales, de eso que llamamos estupideces. Tampoco nos reímos de ninguna flaqueza moral más grave que las mencionadas.

Múltiples son las razones. Por un lado, las flaquezas morales de un tercero están muchas veces ligadas a nuestros propios intereses. De ese modo las degradaciones de valores morales cometidas por otros, amenazan frecuentemente con determinar pérdidas de valores, sobre todo de valores económicos o sociales. No podríamos reírnos con ganas de las aventuras y los buenos éxitos de un carterista, pensando que podríamos llegar a ser su próxima víctima.

Por otro lado, las debilidades morales más graves no constituyen degradaciones, sino pérdidas de valores morales. Por consiguiente, no podrían ser objeto de nuestras risas.

Nos reímos con menos frecuencia de las degradaciones de valores estéticos que se presentan en personas feas. No castigamos de buen grado esa fealdad con nuestra risa. Incluso, al reírnos de una persona fea, sentimos con frecuencia, que nos remuerde la conciencia. La razón está en que, pese a degradar valores estéticos (y a veces vitales) con su sola aparición, la persona fea no es responsable

de ello. Su fealdad escapa a su voluntad, constituye su naturaleza. Así la crítica que expresa la risa no alcanza a ejercer función correctiva. Allí donde la risa —manifestación axiológica y social— tropieza con la *naturaleza*, cae en el vacío. La naturaleza es más fuerte.

Si la risa frente a la estupidez humana es socialmente la más útil, pues puede ejercer una saludable función correctiva; la risa frente a la fealdad humana es socialmente la más inútil, puesto que choca contra una naturaleza impenetrable.

Puede agregarse a esto que, al reír a costo de un feo, lo exponemos a que se sienta herido, moralmente, que pierda la confianza en sí mismo. Entonces nuestro castigo de la degradación de valores estéticos que constituye su fealdad, degenerará en una pérdida de valores morales. En este caso la víctima reaccionará frecuentemente llorando, sobre todo si se trata de una jovencita o de una mujer fea. Y tal cosa es comprensible, dado que en la jerarquía de valores del sexo femenino, los valores estéticos de la belleza física están colocados más alto, ya que el destino personal de la mujer depende más que el del hombre, de su belleza física. Si lo mismo nos reímos de una persona fea, no lo hacemos de buen grado.

Si, por estas razones, la sociedad condena como “indecente” nuestra risa de la fealdad humana, por el contrario estimula nuestra risa con relación a otras degradaciones de valores estéticos que no resultan de la naturaleza, sino de una actividad humana voluntaria. Así, la sociedad nos estimula cuando castigamos con nuestra risa estas verdaderas o pretendidas degradaciones de valores estéticos que llama “arte degenerado”. También nos permite reírnos del payaso.

El caso es tanto análogo en lo referente a las degradaciones de valores intelectuales que comete un loco. Si nos reímos de las estupideces de un loco, la crítica expresada por nuestra risa no alcanzará a ejercer su función correctiva. Es socialmente inútil. Al chocar contra la naturaleza, esa risa cae en el vacío. Si la risa a expensas de un loco es socialmente considerada como indecente y si produce remordimientos al que se ha reído, ello se debe a que las estupideces del loco, aún presentándose como *degradaciones* de valores, son en realidad la manifestación de una *pérdida* de valores: de una pérdida de valores intelectuales. Así es que muchas personas, axiológicamente sensitivas, sienten más deseos de llorar ante un loco que de reírse.

Nuestra teoría nos permite afirmar que, ante el fenómeno del loco, el instintivo juicio de valor que expresa el llanto es *justo*, mien-

tras que el que expresa la risa es *falso*. Al tomar por una *degradación* de valores intelectuales lo que en realidad es una pérdida de estos valores, el que se ríe de un loco emite un *falso* juicio de valor.

Para comprender las relaciones axiológicas entre el individuo y la sociedad es menester distinguir entre valores individuales, valores colectivos y valores universales.

Cuando digo: “El gusto del albaricoque es preferible al del melocotón, emito un juicio de valor cuya validez es puramente individual. El valor hedónico superior que afirmo, es sólo un valor individual, puesto que depende únicamente de las particularidades individuales del sujeto apreciante que soy”. Expreso, pues, una estimativa *individual*.

Cuando un nacionalista dice: “Nuestra raza es superior a todas las otras razas del mundo, emite un juicio de valor cuya validez depende únicamente de las particularidades colectivas del grupo apreciante al cual pertenece”. Expresa, pues, una estimativa *colectiva*.

Si, en cambio, digo: “El sistema de Copérnico tiene un valor explicativo superior al sistema de Ptolomeo, emito un juicio de valor universalmente válido, puesto que el valor cognoscitivo superior del sistema de Copérnico no depende de las particularidades individuales del sujeto apreciante que soy, ni de las particularidades colectivas del grupo apreciante al cual pertenezco”. Expreso, pues, una estimativa *universal*.

Si los valores individuales dependen de las particularidades individuales de los sujetos apreciantes, los valores colectivos son aquellos que dependen de las particularidades colectivas del grupo social que los emite. Los únicos valores universalmente válidos son independientes de las particularidades individuales y colectivas de aquellos que los afirman.

La mayoría de los individuos, los grupos sociales y la sociedad misma, tienen tendencia a hacer pasar por valores universales sus valores individuales o colectivos. De ahí la guerra axiológica que se hacen el individuo y la sociedad, el individuo y los grupos colectivos, el individuo y el individuo, los grupos colectivos y la sociedad. Y en esta guerra, la risa es una de las armas más poderosas. Para protestar contra la pretensión a la universalidad de un valor puramente individual o colectivo, el adversario no tiene más que degradarlo, ridiculizarlo.

Los valores individuales y los valores colectivos están dictados por gustos e intereses particulares. Pero, en la sociedad, los distintos gustos e intereses particulares se compensan y lo que sobrenada son

tan sólo las apreciaciones más generales. Por eso el sistema de valores de la sociedad comprende la mayoría de los valores universalmente válidos y sobre todo, aquellos necesarios para la conservación de la sociedad. Esta busca preservarlos y los coloca bajo sanción. La más benigna de estas sanciones es la risa, por medio de la cual la sociedad castiga a quienquiera degrade los valores constitutivos del sistema de valores que a aquélla importa conservar y proteger.

La *sociedad ideal* sería aquella en la cual el sistema de valores comprendiera solamente valores universalmente válidos. Pero la sociedad real está siempre más o menos alejada de ese ideal. En las épocas de degeneración, la cantidad de valores colectivos del partido que gobierna o los valores individuales afirmados por un dictador, sobrepasa la de los valores universales en el sistema axiológico de una nación. Esta no es siempre una administradora honrada de los valores universales.

La crítica de la sociedad se dirige sobre todo hacia los valores colectivos de ciertos grupos particularistas y contra los valores individuales de ciertas personas originales. Queriendo conservar su sistema de valores, queriendo aumentar su autoridad y queriendo imponerla a todo el mundo, la sociedad se sirve de la risa para degradar todo otro sistema de valores en competencia, es decir los sistemas de valores colectivos de ciertos grupos particularistas y los valores individuales de ciertas personas demasiado individualistas.

Para escapar al castigo de la risa, por el cual se aislarían socialmente los grupos particularistas y los individuos originales, tienden a abandonar sus conceptos valorativos demasiado diferentes de los de la mayoría. Así, la sociedad habrá hecho valer su sistema de valores y habrá ejercitado una función asimiladora, solamente mediante su risa y hasta mediante la simple amenaza de su risa.

Al reírse de las costumbres basadas en los valores colectivos de un grupo minoritario, la mayoría busca degradar este sistema de valores, obtener la asimilación del sistema minoritario de valores a su sistema propio mayoritario; en resumen a imponer su sistema de valores a la minoría. Ahí está, acaso, el sentido más profundo del principio medieval *cuius regio, eius religio*, al enunciar que a todos toca adoptar la religión del país donde viven. Pero este principio no es tan medieval como parece, pues resulta igualmente válido en nuestros días, si por religión se entiende no sólo las creencias relativas a un mundo trascendente, sino, de manera general, el sistema de valores.

Este carácter terriblemente atentatorio de la risa de la sociedad a expensas del individuo y del grupo minoritario, explica la reacción del individuo y del grupo minoritario hacia la sociedad, la revancha que se toman el individuo y los distintos grupos sociales al reírse de la sociedad, al buscar, por medio de la risa, degradar el sistema de valores de la sociedad.

Este será otro aspecto de la risa que ya hemos mencionado: el de la crítica del individuo hacia la sociedad. Desde este ángulo, la risa aparecerá como una especie de *liberación* espiritual de la influencia coercitiva que sobre el individuo ejerce la sociedad en virtud de su imperioso sistema de valores. Al reírse de ciertos valores sostenidos por la sociedad, el individuo busca degradarlos y afirma con ello su soberanía personal ante el grupo que busca imponerle su sistema de valores.

He aquí una de las razones por las cuales nos gusta reír, por las cuales otorgamos un valor positivo a la libertad de emitir juicios de valor negativo con respecto a los valores de la sociedad que nos oprimen. El arma específica que el individuo forja en esta guerra de la risa contra la sociedad es el chiste, la broma. Hay tantas clases de chistes como hay clases de valores. Hay chistes que degradan valores intelectuales, otros que degradan valores morales, estéticos, religiosos, vitales, económicos, instrumentales, etcétera, y en mi libro sobre la filosofía de la risa y del llanto he dado ejemplos de cada clase. Por cierto, ustedes conocen bastantes bromas y no necesitan a un profesor de filosofía para que les enseñe más. Sin embargo, para darles un ejemplo, voy a contarles el chiste siguiente:

Un hombre está comprando una pasta de hígado de ganso; pregunta al fabricante:

—¿Es pura o contiene otros ingredientes?

Después de alguna hesitación, el fabricante admite que la pasta de hígado de ganso contiene cierto porcentaje de caballo.

—¿En qué proporción? —Pregunta el comprador.

—¡Oh!, en una proporción muy balanceada: mitad y mitad. Un caballo por cada ganso.

Esta broma castiga la degradación de ciertos valores morales y critica la moral específica de ciertos comerciantes.

Numerosas son, naturalmente, las bromas que extraen sus efectos cómicos de degradaciones de los valores morales específicos de la vida erótica. Por un lado se hallan las pasiones sexuales sumamente vigorosas; por otro, las rigurosas restricciones de aquéllas por la moral religiosa, las convenciones sociales, las prohibiciones

penales. El individuo no puede escapar a esas presiones sociales, puede violarlas, pero con peligro de toda clase de sanciones sociales y aún penales. El individuo se *venga*, buscando degradar por medio de bromas los valores morales que todas estas prohibiciones y convenciones buscan salvaguardar. Degradando esos valores morales de la vida erótica, tan cuidadosamente protegidos por la sociedad, el individuo los ridiculiza. Su propia risa y la de sus amigos a quienes cuenta con entusiasmo sus anécdotas obscenas, son para el individuo una *liberación simbólica* de una opresión social a causa de la cual sufre.

Apenas el individuo deja de sufrir la presión de esas convenciones morales, no se muestra ya tan entusiasmado por degradar su valor. De ahí que no son los ancianos ni las señoras de edad madura quienes nos cuentan las anécdotas más picantes.

Hay muchas especies de risa que no tienen nada que ver con lo cómico. Menciono aquí solamente la risa de la alegría y el gran número de sonrisas —como la sonrisa de urbanidad, de modestia, de acogimiento, de aliento, de resignación, etc. etc. Estas clases de risa no pueden ser explicadas como degradaciones, sino por otro fenómeno axiológico que llamo *devaluación*.

El término “degradar” implica siempre un sentido derogatorio; el término “devaluar” no lo implica necesariamente. Entiendo por devaluación toda disminución *cuantitativa* de un valor positivo o negativo, que no implica necesariamente su degradación *cualitativa*. Cuando disminuimos, por ejemplo, el carácter negativo de un valor negativo, no lo degradamos, puesto que el mismo no sufre deterioro de su calidad: lo *devaluamos cuantitativamente*.

Tratemos de usar este concepto de devaluación para analizar la sonrisa de la modestia: cuando se hace un cumplido a una dama, o se elogia a un artista o a un hombre de ciencia, tales personas reaccionan por lo general con una sonrisa. ¿Es que esta sonrisa expresa alegría? Muy pocas veces; salvo que la dama esté enamorada del hombre que le hace el cumplido, o que el artista y el hombre de ciencia consideren a quien los elogia como una alta autoridad en la materia.

Por lo general, la sonrisa por medio de la cual se responde a los cumplidos y a los elogios ajenos, no es más que una sonrisa de modestia, que expresa una convención social. Tan sólo una interpretación axiológica la vuelve comprensible.

Quienquiera que responda con una sonrisa de modestia a los cumplidos y elogios de otro, desea expresar la idea de que no atri-

buye a su propia persona o a su obra el alto valor que aquel que le rinde homenaje, le atribuye. Mediante su sonrisa de modestia, la persona elogiada busca *devaluar su propio valor*, empequeñecerlo.

Para contrabalancear un poco la apreciación positiva expresada por aquel que le rinde homenaje, la persona elogiada emite el juicio instintivo de valor negativo de la sonrisa de modestia, con respecto a su propio valor, a fin de *devaluarlo un poco*.

En general, esta sonrisa de modestia no es sincera, y sólo representa una ficción social. Mediante esta ficción la persona elogiada busca recompensar a su admirador, disminuyendo en él el sentimiento humillante de inferioridad.

Nunca podría sobrestimarse bastante la importancia de esta ficción social de la sonrisa de modestia en las relaciones interhumanas. El que no responda con ella a los homenajes que se le hacen, es inmediatamente considerado como un arrogante. Se dice de él: “¡Ese está muy seguro de lo que vale!” Y quien lo dice, se enoja.

La mayoría de las relaciones sociales reposan en ficciones sociales parecidas, necesarias a la vanidad humana: y la sonrisa devaluadora juega allí un papel preponderante.

En cuanto a la dama que recibe un cumplido sin contestar con una sonrisa de modestia, es de inmediato condenada, en especial por los testigos femeninos de la escena. Al rehusarse a devaluar —por lo menos de manera ficticia— el valor que acaban de atribuirle, la dama se expone inmediatamente a toda clase de críticas.

“¡Mírenla! —dirán las otras señoras—. Se lo toma en serio, se cree verdaderamente superior”.

Y las señoras menos bonitas que aquélla, dirán:
“Y con todo, sus piernas distan de ser perfectas”.

Pero al hacer resbalar por sus labios una sonrisa de modestia, la dama hace “como si” devaluara el valor estético de su belleza que acaban de proclamar, y de esa manera se le perdonan.

Dije antes que lloramos los valores amenazados, perdidos, o también, los valores irrealizados o irrealizables. Pero ¿qué hay de las lágrimas que derramamos a veces cuando asistimos a la presentación de una tragedia o cuando la leemos? Desde que los eventos presentados en la tragedia son meramente ficticios, los valores implicados en ella no parecen verdaderamente perdidos, amenazados o inalcanzables.

Aristóteles tuvo razón al insistir en el carácter ficticio de los eventos y de las *dramatis personae* presentados en la tragedia. Sin embargo, a mi entender, los *valores* implicados en la tragedia no

son ficticios. La razón reside en que el modo de ser de los valores es el de la validez, y que ésta es un dominio situado *más allá* de lo real y de lo imaginario. Colocado *por encima* de esta distinción de lo real y de lo imaginario, la validez los comprende ambos. Los valores que han probado su validez en los experimentos ficticios de la imaginación artística, demuestran por eso mismo su validez en la vida real, pues una validez ideal es al mismo tiempo una validez real. De ahí la gravedad de los experimentos ficticios del juego artístico, puesto que sus resultados axiológicos son válidos para la vida misma.

Por tanto, si la tragedia muestra en un dominio imaginario que ciertos valores están amenazados o en pérdida, si muestra lo precario de estos valores en un plano ideal, ello queda igualmente demostrado en el plano de lo real. Es así como el llanto que provoca la tragedia se justifica axiológicamente.

Dice Kant que el hombre es ciudadano de dos mundos. Para nosotros, empero, eso no significa que sea ciudadano del mundo empírico y de un mundo denominado trascendente o metafísico. A nuestros ojos, el hombre es ciudadano de dos mundos en tanto que a la vez forma parte del mundo de los valores y del mundo de los hechos exentos de valores, del mundo físico.

Debemos darnos cuenta de que todos nosotros nos balanceamos siempre en el límite entre esos dos mundos y que, en efecto, sacrificamos parte de nuestras energías en el esfuerzo de mantenernos bien equilibrados en el mundo de los valores, para no caer en el vacío axiológico hacia el cual somos atraídos por una especie de fuerza de gravedad, dado que pertenecemos también con una parte de nuestro ser a ese mundo de las cosas mecánicas.

Este esfuerzo que hacemos para mantener el equilibrio en el mundo de los valores se justifica, pues la risa que provoca una degradación de valores suena mal a los oídos del culpable.

El conflicto eterno de estos dos mundos no sólo se expresa en el dominio de lo cómico, sino también en el de lo trágico. Pues gran parte de lo trágico que caracteriza nuestra dolorosa existencia nace del entrechocamiento del mundo espiritual de los valores y del mundo físico, exento de valores. Una de las razones está en que el mundo natural de los hechos y de las causas físicas es indiferente con relación a los valores: los destruye, sin tomar en consideración su carácter positivo o negativo, ni sus grados de superioridad o inferioridad. En los choques del mundo natural de las causas físicas con el mundo espiritual de los valores, son con frecuencia los valores

positivos más altos los que caen en la batalla, mientras que los valores negativos sobreviven.

Puesto que el hombre es a la vez ciudadano de los dos mundos —el de los valores y el de los hechos físicos—, es *él* el campo de batalla donde se producen estos terribles choques. Si existe en el mundo un manantial inagotable, es ciertamente el de las lágrimas. El choque entre los valores y sus choques con el mundo de la realidad, no cesan de alimentar este manantial del más amargo de los líquidos.